

# Tuerto enamorao

Oscar Colchado Lucio

Ahí va el Miguel Ichpas, masque lo miraran. Tuerto animal, véanlo pues su traza: enamorado dizque, teniendo tantos hijos: padrillo carajo. A las pobres viudas las hace faltar todavía y hasta con las mujeres casadas dizque se mete.

Si pudieran ver desde esta lomita, ahora que ya está oscureciendo, lo verían bien montao en su macho, echado atrás su sombrero, envuelto en su chalina.

Ya está entrando en la quebrada, con poca agua estos días, que baja cantando, atorándose con las piedras. Y mañana, mañana, luego de ver a su querida, a arrear esa punta de reses desde la puna, bajar luego a Sihuas y enrumbar ahí nomás a la costa.

Un bulto de persona creo que avanza subiendo la cuesta de la otra banda... ¿Quién nomás pues a estas horas, en que ya nadie camina por estos lugares diciendo que es mala parte?

Apura su bestia.

Mujer parece. Tuerto Miguel mañoso, tendrás pues que respetarla, ¿qué dizque no!

Ya en su tras, como si no hubiera oído el trote, recién ella se vuelve.

— ¡Justina!, ¿qué haces andando a estas horas?

La mujer del huishto Moshe andando a estas horas y por estos lugares, ¡vaya!, justo cuando ibas a verla, ahora que sabes que su marido se halla por Rágash.

— ¡Guá!... ¿Miguel serás?

— Te pregunto, ¿de dónde vienes?

Lleva grama para cuy cargao en su lliclla, ¿no ves?

Bueno, pues, si así era... Subiera a la mula, la enancarfa. ¿De veras no estaba el huishto? De veras. Y el tuerto brillándole el ojo sano, subiéndole la calentura al cuerpo, ahora que ella se abraza a su cintura; mientras la mula, caracho, ¿qué tiene?; se pone mafiosa, corcovea.

Al fin un riendazo la hace enfilear derecho, y ya están asomando a la lomita, y el tuerto que ya no ve las horas de tumbarla a la china, levantándole su pollera ha puesto la mano en su nalga; pero en vez de hallarla tibiecita como él pensaba o acaso un poco fría, como lana nomás ha tocado, o pelo muy fino quién sabe. Ella, bien prendida atrás, está que ríe, como si le hiciera cosquillas. Qué, caracho, ¿esto era pelo o qué? El tuerto ha volteao a mirar la pierna, y de veras lleno de pelos está como del chivo, y más peor: rematan en patas de gallo. Ese ratito en que él volteó asustado, Justina agrandó su risa haciéndose carcajada, mientras como jugando nomás de un jalón lo ha hecho caer al suelo al Miguel, al pie de su mula.

— ¡Santo ángel de mi guarda! ¡Jesús! ¿Quién pues es ésta?

Ahora el maligno se le va acercando, dejando de huajayllarse.

— ¡A ver pues, yo soy tu casera, so atrasador!, ¿por qué no te acuestas conmigo?

Sus dientes, de purito oro, relumbran mientras mueve su boca hablando.

Viéndolo que ya está por empuñarlo, valientoso el tuerto, mentao como era en los duelos con machete, apuradamente saca su cuchillo para defenderse, y ahora estás que apuñalas por todos lados, yéndote sobre la mula, atrás de la cual está que se escuda el maligno, sin dejar de hacerte zumba:

— ¡Tuerto! ¡Ji ji ji! ¡tuerto! ¡ji ji ji!

Jugando está con el tuerto hasta cansarlo seguro, y si él con sus dos ojos mirara viera que a su mula nomás está que la punza.

¡Ay caracho, casito en el precipicio ya estaban!, y ahora sí el tuerto está asustao: ya sabe por demás que las cuchilladas nada le hacen y el otro está más bien que lo cerca. . .

De un de repente, se oye un grito tan fuerte que los perros que cuidan una majada bien arriba, empiezan a ladrar sobresalta-

dos; y ahora don Miguel Rupishto y sus hijos están corriendo esa bajada, mientras el enemigo oyendo el tropel empieza a retirarse a retirarse... pero...

... No dizque asina como hemos contado fue, sino de otra laya, así como ahorita recién vamos a decir; masque escuchen oiganes:

Tuerto carajo, véanlo pues aquí de nuevo cabalgando. Borracho está yendo a ver a su querida, a su mujer del huishto Moshe. Acaba de pasar la quebrada, y el tuerto destapa una botella de huashco que enterita la traía ahí en su alforja. Ya está de nochito. En eso que está avanzando al trote al trote, ve que a su lado un hombre que no había visto antes y que acaba de darle alcance, a piecito nomás junto junto con su bestia está yendo. ¿Qué cosa? ¿Y de dónde salió éste? Parucho seguro era, ahí estaba ve, su poncho oque y su sombrero de lana, tal como usaban los de Parobamba Chico.

—Hola amigo, ¿a dónde bueno?

—Aquicito nomás, taita, a la vuelcita del cerro.

—¿Conoces al Moshe? Por allí vive.

—Sí, taita, a su mujer justamente estoy yendo a verla, a la Justina.

El tuerto que ya iba a echar un trago, se queda con la botella en la mano:

—¿Tú? ¿y a qué? ¿se puede saber?

Y el paruchito: A dormir con ella pues, ¡jajay!, ahora que no estaba su marido.

Así diciendo le arrebatata la botella al tuerto y, ¡ploc ploc ploc!, se lo tira el huashco casi hasta la mitad.

El tuerto revienta:

—¡Oye, so carajo, ahorita me vas a decir quién mierda eres!...

Y el otro remedándolo:

—¡Oye, so carajo, ahora me vas a decir quién mierda eres!

—¿Cómo?

—¿Cómo?

—Ah, con que remedoncito también eras —desmontando el huishto, sacando su puñal de la alforja.

Y el paruchito:

—Ah, con que remedoncito también eras.

El puñal del tuerto relumbra bajo la luna, que acaba de salir

tras los cerros, mientras el paruchito acaba de quitarse el poncho y el sombrero, quedándose en camisita de tocuyo y pantalón de bayeta: Con que pelea querías, ¿no?... A ver pues dizque le entraras tuerto, haciendo sus puñetes, bien cuadrao.

—¿Pelea? ¡Voy a matarte!

Vamos, le entraras, hom, sin hablar mucho nomás.

Un cuchillazo, ¡jajayllas, nada!; mal cálculo, hom. Otro cuchillazo, tampoco. . .

El tuerto está que bota chispas por su único ojo, nunca nadie se ha burlado de él, carajo.

El paruchito se escuda ahora tras la mula sin dejar de reírse, de hacerte zumba: una puñalada, otra, ahora sí le diste, carajo; pero él como si nada, riéndose nomás; más bien la mula se desangra.

—Vamos, di, ¿quién eres? —jadeando el tuerto, su pelo chorreando sobre su frente, empapadito de sudor.

—¿Yo?, ven más acá para decirte, ven.

Llamándolo llamándolo con la mano retrocede apartándose de la mula. De un brinco el tuerto se pone casi en su delante. Ahora sí se fregó, carajo; no hay dónde se escude... Pero el otro:

—¡Ven! ¡Ven! —sin dejar de retroceder—, ¿Quieres saber quién soy?

Y sin esperar respuesta:

—Mira mi pie como del huishto Moshe.

El tuerto abre bien su único ojo, y en vez de una pierna huejra como del Moshe, ve las patas de gallo del enemigo, y que se hallan juntito ya al abismo.

—¡Santo ángel de mi guarda!

—Ah, so guapito, ¿no? —el shapingo aparece de un de repente en su tras y es él el que está ahora al filito mismo del precipicio—; con que ahora sí llamas al ángel de tu guarda; tú el atrasador de inocentes maridos. . .

Así diciendo se va acercando más y más al tuerto que limpo espantao está retrocediendo. Un grito se oye que lo raja al silencio haciendo que se alboroten los perros de don Miguel Rupishto, que está más arriba en su majada, y que con sus hijos ahora están corriendo. . . Pero. . .

. . . Asina tampoco dizque había sido, sino como ahora recién vamos a contar:

Otra vuelta el tuerto enamorao, carajo, avanzando por el camino de la quebrada, pero no montao, sino llevando a su macho por el bozal, ahora que van a cruzar la quebrada, que está medio cargada de lo que llovió en la mañana... Acaban de atravesarla, y ya están subiendo la cuestita del otro lado; en eso, un zorrillo saltando de un de repente de entre el roquerío, se viene de frente a embestirlo al tuerto, haciéndola respingar a la mula. Amargo el tuerto, palo, piedra, dónde hay carajo; ahora sí, toma toma animal de mierda, con shingúá por el hocico. Pero nada, el animal sigue atacando, mientras la mula está que da vueltas ahí, asustada. Por ratitos retrocede el añás cada que el tuerto le asesta un golpe... y ahora mientras busca una kurpa, un terrón con el que mueren dizque, un chorro de orín le dispara a su pobre ojito sano, y el tuerto con ganas de pegar un grito, se defiende a patadas, enceguedido... y después tanteando tanteando encuentra por fin una kurpa, y ahora sí te fregaste animal de mierda, abre su ojo buscando apun-tarlo, pero en eso se da cuenta que no es el añás el que está ahí esperándolo para soltarle otro chorro, sino un caballero elegante más bien que parado está que lo mira burloso. Ah, so guapito ¿no?, con los animalitos indefensos te metías y con las mujeres mafiosas; pues ahora te has fregado, caracho, te la vas a ver con un hombre. Al verlo que el otro se le está viniendo de frente a atacarlo, el tuerto lo único que hace es sacar su puñal y enfrentarse, mientras su cabeza se llena de preguntas: ¿de dónde había salido ese hombre?, ¿escondido estaría detrás de las piedras?, ¿pishtako sería?, ¿el huishto lo habría mandado?, ¿y el añás? ¿él mismo era el añás?... El hombre haciéndose quites está de las puñaladas del tuerto, aunque a ratos él clarito ve que lo punza, pero no ha de ser porque el hombre está como con mal de risa y no deja de hacerle zumba:

— ¡Tuerto, ji ji ji! ¡Tuerto ji ji ji! . . .

Ya estaban al borde del precipicio y el hombre ha dado como un salto y aparece ahora detrás del tuerto, que está ya al filito mismo, y es ahí cuando se fija en las patas de gallo del hombre coloreando a pesar de la luz de la luna. Un paso más para atrás mientras pronuncia el nombre del santo ángel de su guarda, y un grito se oye remedado por todos los cerros... Y es ahora Miguel Rupish-to el que está corriendo con sus hijos y sus perros esa bajada... Pero... asina tampoco de repente no fue... .

. . . La verdad es que no sabemos bien cómo sería, lo único que po-

demos atestiguar, oiganes, es que al otro día, los que iban a la puna a dar sal a sus animales, se encontraron con don Miguel Rupishto que les dijo que al tuerto Miguel, su tocayo, lo habían hallado al fondo del barranco, sin ojos y sin lengua, con un huequito en la cabeza como si le hubieran sorbido los sesos, y si querían ver a su mula, todavía estaba correteando el animal como alocao, por el fondo de la quebrada, todo acuchillado, y que la alforjita que llevaba la recuperaron, lo mismo que el puñal: limpio, sin sangre. . .